

LA SOCIEDAD EN TIEMPOS DE FRANCISCO DE ASÍS

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA:

LECLERC, Eloi, *Francisco de Asís: El retorno al Evangelio*, Oñate, Aránzazu, 1982.

LE GOFF, Jacques, "Francisco de Asís entre la renovación y el conservadurismo del mundo feudal", en *San Francisco de Asís*, Madrid, Akal, 2003.

MANSELLI, Raoul, *Vida de san Francisco de Asís*, Oñate, Aránzazu, 1997, pp. 13-37.

"Toda gran aventura espiritual es solidaria de la historia, de una historia total en la que no están separadas realidades interiores y expresión social." (Eloi Leclerc)

Si nos fijamos en esta afirmación, resulta demasiado superficial afirmar que la conversión de Francisco de Asís al Evangelio depende por completo de una inspiración "sobrenatural", acogida de manera ingenua. La realidad es más compleja, y nos muestra que el ideal franciscano de fraternidad aparece en un momento en que la misma sociedad trata de establecer en su seno unas nuevas relaciones sociales, más libres e igualitarias.

1. Una época de grandes cambios

Francisco de Asís nació en un período de gran desarrollo del Occidente medieval y en una región que estuvo fuertemente marcada por dicho crecimiento.

La segunda mitad del siglo XII fue, sin duda alguna, una de las épocas más tensas y atormentadas de la historia de Europa y de la Iglesia occidental. Sin embargo, no sería correcto considerar dichas tensiones como indicios de una crisis de la vida europea. Constituyen, más bien, manifestaciones de una energía que se expresa y orienta en múltiples direcciones, con una fuerza intensa y un vigor nuevo.

Durante toda la alta Edad Media la sociedad europea había sido una sociedad eminentemente **rural**. Era el campo el que dominaba todos los niveles de la existencia, con todas las consecuencias que ello conlleva, de estabilidad y de arraigo en la tierra. Cada ser, cada categoría ocupaba en la sociedad un puesto bien definido e inmutable: los nobles, guerreaban; los clérigos rezaban y los campesinos y artesanos trabajaban para todos. Desde hacía cuatro siglos imperaba el régimen del **feudalismo**, un sistema en el que la masa de la población hallaba la base de su subsistencia en la subordinación a un "señor".

2.1. Cambios demográficos y económicos

Sin embargo, más o menos desde el año 1000 Europa occidental empezó a vivir una etapa de constante crecimiento.

La **población** empezó a aumentar por todas partes, En algunas zonas, entre las que se encontraban la Italia septentrional y central, la población llegó incluso a duplicarse de manera regular y a veces explosiva.

A esta creciente masa de población había que alimentarla, tanto material como espiritualmente. Por eso en esta época asistimos también a un destacable desarrollo económico. Se trató de «un **progreso rural**, en un mundo en el que la tierra era el fundamento de todo. También fue un progreso esencialmente cuantitativo, extensivo» (Jacques Le Goff). Se llevó a cabo un gran movimiento de desbrozado, que abrió nuevos espacios a los cultivos.

También hubo ciertos progresos cualitativos, pero que apenas afectaron a la región donde nació Francisco: aparecieron entonces el arado con ruedas y de vertedera asimétrica, enganches que podían ser tirados por caballos, nuevos cultivos gracias a la roturación trienal y praderas artificiales que permitieron el desarrollo de la ganadería. También se construyeron por todas partes molinos, comenzando así un proceso de mecanización del campo.

El desarrollo de la actividad agrícola y artesanal, junto con el retorno a una situación de paz y el arreglo de los caminos favorecieron un extraordinario **despertar del comercio** por toda Europa. Dicho renacimiento comercial se efectuó a partir de dos zonas privilegiadas de intercambios: el Mediterráneo y el mar del Norte. Pronto se estableció un vínculo entre esas dos zonas comerciales, de norte a sur de Europa. El despertar comercial afectó de manera particular al género textil, que fue uno de los más florecientes y que dio lugar a un mercado de alcance europeo.

La renovación de los intercambios hizo surgir una nueva clase social, la de los aparición del burgués, **comerciante y artesano**. Los mercaderes se caracterizaban por ser uno de los pocos grupos sociales que llevaban una vida ambulante. Sin embargo, el desarrollo económico les permitió pronto experimentar un proceso de asentamiento en lugares favorables a su género de vida, como los puertos o los cruces de rutas, donde podían encontrar y asociarse a otros mercaderes. La concentración de comerciantes en ciertos puntos dio lugar a un mundo nuevo, el mundo urbano.

2.2. El resurgir de las ciudades

La consecuencia básica del desarrollo demográfico y económico fue, en efecto, un naciente movimiento de **urbanización**. Se trata de un proceso mucho más decisivo que la urbanización superficial del mundo grecorromano, y que recuerda a las grandes oleadas de expansión urbana de los siglos XIX y XX. A partir del siglo XI surgió una red de ciudades que ya no serían los centros militares y administrativos de la Antigüedad y la Alta Edad Media, sino focos económicos, políticos y culturales. En la religiosidad, este cambio se refleja en la aparición de una santidad urbana más ligada a la tolerancia, con santos burgueses, laicos o mendicantes, o en el retiro, con santos ermitaños.

La aparición y el rápido desarrollo de este mundo urbano, donde dominaban los comerciantes, constituyeron una verdadera revolución en el seno de la vieja sociedad feudal y rural. Se trataba sin duda de **un mundo nuevo** que surgía y se instalaba dentro del antiguo, provocando un trastorno de todas las costumbres. En medio de gentes que se dedicaban al trabajo de la tierra, ligadas a un trabajo regular y estable, el mundo de los comerciantes llamaba

la atención por su movilidad, por su actividad libre, por su afán de lucro y de empresa y sobre todo por la circulación de dinero. Ante la itinerancia con afán de lucro Francisco vive y propone una itinerancia pobre, donde el otro y lo otro es importante no por lo que me puede favorecer económicamente, el otro y lo otro es mi hermano....

La ciudad era además el principal **lugar de intercambios económicos**, que atraía u originaba ferias y mercados, fomentados por la recuperación de un comercio a largo y medio radio de acción, que dotaba a los mercaderes que lo dominaban de una importancia cada vez mayor en la sociedad urbana.

a) Las ciudades y el desarrollo de la economía monetaria: Con el desarrollo de los intercambios, se fue dando de hecho una nueva y mayor importancia al **dinero**. Cada vez resultaba más necesario el recurso a la moneda como medio de cambio. Con ello la idea de riqueza se transformó: el símbolo de la riqueza ya no era solamente la tierra, sino también el dinero. Se producía demás y se acumulaba (algo impensado en la Alta Edad Media) Esto es importante porque Francisco va a tener una postura muy clara ante estas categorías de su entorno: No lleven nada para el camino... Dios viste a los lirios del campo, y alimenta a lo pájaros del cielo... No reciban dinero...

La expansión monetaria promovió a su vez el desarrollo, en el seno de los mercaderes, del grupo de los cambistas, especialistas en moneda que pronto se convirtieron en **banqueros**, reemplazando en esta tarea a los monasterios y a los judíos, que quedaron reducidos en adelante al papel de prestamistas, es decir, de usureros, una ocupación que cada vez desempeñó un número mayor de mercaderes cristianos también. En este terreno destacaron especialmente los banqueros italianos, iniciados tempranamente en el gran comercio.

«Mundo del dinero, la ciudad se va haciendo también sobre el mercado del **trabajo**, en el que el asalariado no para de aumentar» (Jacques Le Goff): en efecto, en el medio urbano, a la vez que se desarrollaba un artesanado numeroso y variado, nació un auténtico preproletariado en los tres sectores en vías de “industrialización” (construcción, textiles y curtiduría), cuya mano de obra se encontraba sin defensa ante la subordinación del “salario justo” al “precio justo”, es decir, el establecido por las leyes del mercado. El asalariado de la ciudad medieval era explotado porque había gran oferta de trabajadores que habían venido del campo... Francisco no desea eso para sus hermanos, no los quiere asalariados

La ciudad medieval también se pobló en esta época de inmigrantes, que se reproducían a un ritmo rápido. «Los hombres y mujeres de la ciudad eran los desarraigados, los campesinos inmigrados.»

b) La ciudad como centro de poder: el gobierno comunal: «Como centro económico, la ciudad era también un centro de poder» (Jacques Le Goff). Junto al obispo y al señor, y en ocasiones en contra del poder tradicional de ambos, apareció un nuevo grupo, el de los ciudadanos o burgueses, que conquistaban “libertades”, privilegios cada vez más asumidos.

Sin entrar en los fundamentos económicos y políticos del sistema feudal, fue surgiendo una variante creadora de libertad (“el aire de la ciudad hace libre”) y de igualdad (el juramento cívico une en derecho a los iguales), donde la desigualdad nacía del juego económico y se asentaba ahora no en el nacimiento o en la sangre, sino en la posesión de tierras o inmuebles urbanos, de censos y rentas y de dinero. Los primeros beneficiarios de la nueva economía monetaria fueron

sin duda alguna los **comerciantes**. Pero éstos necesitaban más dinero y ganancias cada vez más rápidas. Desde el siglo XII, algunos incluso amasaron fortunas que les permitieron la compra de inmuebles importantes. Estos hombres nuevos aparecían como los creadores de una riqueza nueva, al lado de los propietarios de la riqueza antigua, basada en los bienes raíces.

En adelante, el poder señorial debía contar con los comerciantes: en ocasiones, algunos señores lo comprendieron e iniciaron una política liberal hacia los mercaderes, concediéndoles privilegios, eximiéndoles del pago de ciertos impuestos... Los señores también obtuvieron beneficios de los comerciantes, gracias a los impuestos y peajes que éstos pagaban por ejercer su actividad. Sin embargo, el desarrollo y las nuevas funciones de las ciudades no se iban a llevar bien con el poder señorial. El mundo urbano, en plena expansión, se sentía cada vez más oprimido en el viejo mundo feudal, y pronto quiso liberarse de las tutelas de los señores.

Así dio comienzo el **movimiento comunal**, de emancipación de las ciudades, que constituyó el hecho distintivo en los tiempos de juventud de Francisco de Asís. En un principio, las ciudades estaban sometidas a los señores feudales, en cuyo territorio se construían. Los “burgueses” no eran más que vasallos del señor local, a quien debían pagarle tributos, peajes... Ellos no vivían en el campo, sino en la ciudad y fueron tomando cada vez mayor conciencia de su fuerza económica. Por ello los burgueses sobrellevaron cada vez con mayor dificultad las cargas fiscales, las restricciones jurídicas y políticas del poder feudal, y quisieron tener la libertad de administrarse por sí mismos sus negocios y sus intereses, para lo que reclamaron su autonomía política.

Para llevar a cabo sus reivindicaciones, los habitantes de las ciudades se agruparon en asociaciones o comunas. Así nació el **movimiento comunal**, que se extendió por toda Europa y que tuvo por objetivo liberar a los núcleos urbanos del poder señorial. Las ciudades italianas fueron de las primeras de Europa en obtener la libertad municipal, algunas de ellas recurriendo incluso a la fuerza. En Alemania e Italia algunas ciudades lograron convertirse en verdaderas repúblicas independientes.

Todos los que eran habitantes de una ciudad legalmente reconocidos tendían a reunirse, a organizarse para defender su **autonomía**. Aprovechando la larga ausencia en sus territorios de la autoridad superior del imperio, estas ciudades consiguieron una autonomía cercana a la verdadera independencia y se crearon una estructura política y administrativa propia, en la que un colegio de cónsules gobernaba la comuna con el apoyo de una asamblea general de ciudadanos, que decidía los asuntos de la “administración ordinaria”. El diálogo entre el grupo dirigente y los ciudadanos resultaba aún más necesario al ejercer los cónsules su oficio de manera temporal y ser elegidos por los ciudadanos.

Así se fue formando en las ciudades comunales italianas la concepción de una autoridad que no reposaba sobre nadie, rey o señor feudal, por la gracia divina, sino que era conferida por los mismos ciudadanos sobre la base de una elección competitiva, en la que tenía gran importancia la influencia que cada uno pudiera ejercer sobre las masas, en especial por medio de la palabra. Además de constituir el hecho inicial de la democracia, de este principio pudo derivar el rechazo, cada vez más claro y consciente, del privilegio nobiliario.

La sociedad campesina no fue inmune a estos cambios. Aquellos campesinos que no emigraron a la ciudad arrebataron exenciones a sus señores, y en el caso de los siervos

obtuvieron la libertad. En cualquier caso, la reacción de los señores frente a sus dificultades financieras y el empuje creciente de las ciudades llevó a una explotación económica superior sobre la mayoría de los campesinos.

c) Unas nuevas relaciones sociales: De esta forma se asistió al nacimiento de una nueva sociedad, en la que los hombres se emanciparon no sólo del poder feudal, sino también de todo el sistema social existente: querían establecer unos lazos sociales que respondieran a las exigencias de la economía de mercado y de libre circulación, y que respondieran igualmente a las aspiraciones nuevas de los ciudadanos.

Las nuevas relaciones sociales se caracterizaron, sobre todo, por una aspiración profunda a la **libertad**, pero también por una cierta **igualdad** en las relaciones humanas, frente a la rígida jerarquización y las relaciones de servidumbre que caracterizaban a la sociedad feudal. Las comunas, al contrario, trataban de sustituir las relaciones verticales de dependencia por relaciones horizontales de solidaridad. Frente a la sociedad feudal, basada en la subordinación, ellos proponían una sociedad fundada sobre la asociación, que se expresa en el juramento de mutua ayuda que unía a todos los ciudadanos de una comuna. El juramento era una práctica de la sociedad feudal, pero en el caso de las comunas no vinculaba a un hombre con otro, sino la persona a un grupo, al mismo tiempo que comprometía al grupo entero. Y, sobre todo, se trataba de un juramento que unía a quienes eran iguales. Este carácter igualitario del juramento que vinculaba entre sí a los miembros de la comunidad fue precisamente el elemento revolucionario que encontramos en el origen del movimiento comunal urbano y en su prolongación en los campos.

En el plano de la actividad profesional, la comuna se organizaba a su vez en **corporaciones**, es decir, en asociaciones de comerciantes o artesanos, con estatutos que regulaban los detalles del oficio. Las corporaciones surgieron para asegurar la protección económica de la profesión y establecieron entre sus miembros lazos muy estrechos. Solían ir acompañadas de una cofradía religiosa, que se ocupaba de atender los gastos de los miembros necesitados, en caso de enfermedad o de fallecimiento.

Con la llegada de las comunas, la idea de **fraternidad** estaba en el ambiente y conoció un gran éxito, como pone de manifiesto el gran número de formaciones sociales, surgidas en esta época, que reciben el nombre de “cofradía”, “fraternidad” o “comunidad”. De estas corporaciones, gremios, agrupaciones, Francisco beberá las categorías de fraternidad y de horizontalidad para su movimiento

Tales designaciones muestran una aspiración fundamental que fue surgiendo y que trató de realizarse en el tejido social. Pero ¿hasta qué punto es cierto que en realidad en las comunas existiese una sociedad más libre y más fraternal?

d) El dinero como fuente de poder y agente de desigualdad social: la revolución comunal no tuvo ese carácter idílico que podría atribuírsele a primera vista. La nueva sociedad no sólo está movida por el afán de mayor libertad y fraternidad, sino también por fuerzas turbias y temibles que pueden volverse contra ella y desgarrarla: entre ellas, destaca el **amor por el dinero**. En realidad, no es un ideal de progreso social el que se encuentra en la raíz del movimiento comunal y del rechazo del sistema feudal. El origen de las comunas, nacidas del

enriquecimiento de los comerciantes, se encuentra en el deseo de asegurar el desarrollo de esa riqueza.

Las comunas están de hecho dominadas por el dinero, que ejerció un papel preponderante no sólo en la economía nueva, sino también en la vida política de la ciudad: los elementos más ricos de la burguesía, los llamados “grandes” o “patricios”, pudieron monopolizar los cargos municipales, acaparar el poder y dictar la ley. El gobierno de las ciudades fue por tanto un gobierno plutocrático que acabó por convertirse en oligárquico, y en el que acabaron por perpetuarse en el poder las mismas familias.

Por tanto, en la nueva sociedad de las comunas el dinero se convirtió en el rey, y acabó por echarlo todo a perder: pronto se pusieron de manifiesto rivalidades de intereses entre las diferentes comunas y surgieron enfrentamientos entre unas y otras, tal como pone de manifiesto la casi inmediata construcción de murallas en aquellas ciudades que se erigieron en comunas.

Los mercaderes ricos comenzaron además a experimentar una gran fascinación por el estilo de vida de los nobles, compitiendo con ellos en lujo y en nivel cultural y pasando a asumir las actitudes propias de la vida cortesana. Sin embargo, los comerciantes acabaron por darse cuenta de que era imposible copiar por completo el estilo de vida de los nobles, por lo que trataron de acercarse a ese grupo social adoptando su aspecto más característico, que era el oficio de las armas, pese a que recibieron duras críticas por ello, al romper la rígida separación establecida entre los tres órdenes (sacerdotes, guerreros y trabajadores) que constituían la base de la estructura social medieval.

Al mismo tiempo, dentro de cada comuna aparecieron nuevas desigualdades sociales y nuevas formas de opresión. Los más pobres solían cargar con el peso de los impuestos, de los que los ricos se declaraban exentos. De esta manera surgieron tensiones sociales en los medios urbanos, que se manifestaron con especial fuerza en las ciudades dedicadas a la industria textil, en Italia y en Flandes.

En las ciudades italianas cambió además la situación de los **pobres**, que pasó a ser muy diferente a la que había existido en el campo durante la alta Edad Media. En las zonas rurales, en épocas de carestía el pobre podía contar con la ayuda de los monasterios y de otros organismos religiosos. De lo contrario, siempre era posible encontrar en el campo algo con lo que saciar el hambre y protegerse, aunque fuese de forma precaria, gracias a la solidaridad que se crea cuando la indigencia es general. En la ciudad, al contrario, la pobreza no tenía remedio, puesto que allí no existían instituciones caritativas eficaces que pudieran cubrir todas las necesidades que surgían por doquier. Más difícil era la situación de aquellos que sumaban a su pobreza las enfermedades, y en especial la de aquellos como los leprosos, que estaban excluidos, de hecho y de derecho, de la vida civil.

Siguiendo a Eloi Leclerc podemos concluir que el paso del mundo feudal al de las libertades comunales supuso un **cambio de sociedad**, que se puede resumir en los siguientes rasgos:

- El paso de un mundo rural a un mundo urbano.
- El paso de un mundo estable, afincado a la tierra, a otro mundo en movimiento.

- El paso de un mundo basado en el vasallaje y la subordinación a otro fundado sobre el espíritu de asociación.
- La aparición al mismo tiempo de un afán de lucro, por la pasión del dinero y el poder, que combate el espíritu de asociación propio de los comerciantes. Dicho afán de lucro, contrario al espíritu profundo de la comuna, provoca a su vez nuevas desigualdades y opresiones.

2. Adaptación de la Iglesia a la nueva sociedad: éxitos y fracasos

Jacques Le Goff afirma que, en cierto modo, la Iglesia fue la primera en transformarse en y ante esta nueva sociedad. Esta transformación ante los cambios sociales se aprecia, en primer lugar, en el proceso que habitualmente conocemos como reforma gregoriana.

2. 1. Los éxitos de la reforma gregoriana

La reforma gregoriana trató, en primer lugar, de **solucionar ciertos problemas que habían surgido en el seno de la Iglesia**. Los reformadores intentaron liberar al mundo eclesiástico de la dominación a que lo tenía sometido el feudalismo laico, y se esforzaron por acabar con las presiones económicas que se habían puesto bajo la etiqueta de la simonía (compra y venta de cargos eclesiásticos) y el nicolaísmo (transmisión hereditaria de oficios eclesiásticos).

Al mismo tiempo la reforma gregoriana buscaba un **retorno a los orígenes**, a la Iglesia primitiva, y a la realización de la auténtica vida apostólica. Se aspiraba a volver a cristianizar a una *societas christiana* que se había acercado al vicio. La Iglesia se encargó además de dar **nuevas fórmulas doctrinales y prácticas religiosas** para este mundo nuevo. En este aspecto, la evolución más importante tuvo relación con la **doctrina del pecado y los sacramentos**. Los teólogos elaboraron una doctrina del pecado que ponía lo esencial en la conciencia, en la intención. Así se generó una nueva práctica de la confesión oral individual, que venía a llenar el vacío que había quedado tras la decadencia de la antigua confesión pública, y que se había intentado llenar con conductas penitenciales individuales o colectivas. Esta evolución recibió su sanción canónica en el cuarto Concilio de Letrán (1215), que exigía a todos los fieles como mínimo una confesión anual. De este modo la confesión progresaba a costa de la sanción penitencial al examen de conciencia. La renovación de la confesión se inscribía dentro de un fenómeno más amplio de nueva concepción de los sacramentos, que se organizaron en forma septenaria.

La reforma gregoriana fue también, en especial inmediatamente después del año mil, una “nueva primavera del mundo”, una época de entusiasmo que se transmitió a la sociedad en su conjunto mediante las instituciones de paz. «La Reforma gregoriana era, en cierto sentido, la institucionalización de este impulso y su penetración en la sociedad cristiana a lo largo de todo el siglo XII» (Jacques Le Goff).

Pero la reforma de la Iglesia trató también de dar respuesta a los cambios ocurridos fuera de ella y de **adaptarse a la evolución del mundo** en general. Dicha respuesta fue, en primer lugar, institucional, y se concretó en tres aspectos principales:

1. La fundación de **nuevas órdenes religiosas**, que pretendían un retorno a la regla original de San Benito, insistiendo en el trabajo manual y en la simplicidad de vida. Dicho retorno se tradujo en un rechazo hacia las formas tradicionales de riqueza monástica y en un estilo artístico y arquitectónico depurado frente a la exuberancia del románico tardío. Entre las nuevas órdenes destacan la Cartuja, fundada por San Bruno en 1084, que buscaba recuperar un estilo de eremitismo primitivo y, desde el siglo XII, una ascesis basada en la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. La Orden del Císter, fundada en 1098 e impulsada por San Bernardo en el siglo XII, unió el éxito económico a la reforma espiritual. Sus monjes recurrieron a la mecanización del campo para destinar más tiempo a la vida espiritual, contribuyendo al proceso tecnológico del momento. También se adaptaron a la nueva economía rural, en especial al desarrollo del pastoreo y la producción lanera, difundiendo un nuevo tipo de explotación: la granja.
2. El desarrollo del **movimiento canónico**, sobre todo en el mundo urbano, que estableció un nuevo equilibrio entre la vida activa y la contemplativa, entre la cura de almas y la vida comunitaria. A ello contribuyó la adopción de la muy flexible y abierta Regla de San Agustín, que permitía a los canónigos agustinianos combinar la vida en común, la ascesis individual y el apostolado parroquial.
3. La aceptación de la **diversidad eclesiástica**, de la diversidad de estados clericales y religiosos. El mundo de los laicos pasó a participar cada vez más en la vida religiosa, al mismo tiempo que reafirmó su presencia en el mundo religioso, tanto dentro de las nuevas órdenes (como hermanos legos o conversos), como en las órdenes militares, que fusionaron al religioso y al guerrero, o bien formando grupos piadosos específicamente laicos (begardos, beguinos), que hacia 1200 se multiplicaron.

Una evolución similar se aprecia en el campo de las **ideas y las prácticas jurídicas**. Aquí predominó la búsqueda de diferentes grados en la condena, condicionados por la gravedad de las faltas y crímenes, valorados no sólo por la proporción de los hechos, sino en función de la situación e intenciones de los pecadores.

Otra novedad esencial fue la **revolución escolar**. Con el desarrollo urbano se renovaron algunas escuelas episcopales, aunque las escuelas monásticas tendieron a desaparecer. Al contrario, las nuevas escuelas urbanas nacían de un modo un tanto salvaje, con una doble orientación hacia la teología (en París) y hacia el derecho (en Bolonia, en el seno del desarrollo comunal). En este ambiente se escribieron dos obras clásicas como el *Decretum* de Graciano, fundamento del Derecho canónico, y las *Sentencias* de Pedro Lombardo. «En los dos casos, se trata de un nuevo medio intelectual, el de los trabajadores especializados en la ciencia teológica o jurídica, y de un nuevo método basado en la discusión y argumentación racional: la escolástica» (Jacques Le Goff).

El resultado de esta gran mutación de la Iglesia fue el retorno a Occidente de los **concilios ecuménicos**, después de siglos sin ellos. Es la época de los cuatro concilios de Letrán, celebrados entre 1123 y 1215, que fueron al mismo tiempo la conclusión de la reforma gregoriana y el esfuerzo de puesta al día de la Iglesia frente a un siglo de grandes cambios.

2.2. Los fracasos de la reforma

No obstante, el significado de todo este proceso de reformas y de los concilios de Letrán fue ambiguo, al igual que el triunfo del poder pontificio del que fueron expresión. A pesar de ese esfuerzo por adaptarse a las nuevas situaciones, la Iglesia:

- Permaneció **ligada al feudalismo** rural, reaccionando tarde ante el desarrollo económico y el resurgir del mundo urbano.
- Evolucionó rápidamente hacia **nuevas estructuras paralizadoras**: el enriquecimiento de las nuevas órdenes (sobre todo la del Císter), la explotación de los conversos, el estancamiento rural, el juridicismo fruto de un derecho canónico omnipresente y los comienzos de la degeneración burocrática y autocrática del papado y la curia romana.
- Fracásó en el campo de las **Cruzadas**, que se alejaban de sus objetivos primigenios y suscitaban cada vez menos entusiasmo y, sobre todo, en su lucha contra las herejías dentro de la Cristiandad.

«La Iglesia se vio imposibilitada, si no incapaz, de rechazar o aplacar los retos de la historia: el ataque del dinero, las nuevas formas de violencia y la aspiración contradictoria de los cristianos a, por una parte, gozar de los bienes de este mundo y, por otra, resistir a los pecados incrementados por la riqueza, el poder o la concupiscencia» (Jacques Le Goff).

Gracias a la escolástica y al derecho canónico la Iglesia pasaba a contar con medios para codificar las nuevas situaciones de la sociedad cristiana. Sin embargo, ese armazón cultural contribuyó al mismo tiempo a ensanchar la zanja cultural que existía entre la elite eclesiástica y la masa laica y a ahogar el brote de cultura popular que se produjo en el siglo XIII. El sistema de valores cortés, propio de la aristocracia y la caballería, se impuso en la nueva sociedad. Incluso el propio Francisco de Asís sufriría la influencia de esta cultura, como se puede apreciar en su concepto de Dama Pobreza, una afirmación del rechazo de los valores económicos y sociales de la sociedad aristocrático-burguesa, pero a través de un modelo cultural cortés, feudal.

Pero el **fracaso más significativo** de la Iglesia de finales del siglo XII tuvo lugar ante los movimientos de laicos abiertamente heréticos o catalogados por la Iglesia como **herejes**.

El más espectacular y más grave fue sin duda el del catarismo, una nueva religión diferente del cristianismo que se basaba en una estricta oposición entre el bien y el mal, el espíritu y la materia. Fue un fracaso del clero secular local y de los cistercienses, encargados por el papa de la predicación y luego de la cruzada. Las consecuencias fueron una guerra llevada a cabo por la Iglesia en la cristiandad, la disociación entre la Francia central y la del Norte y la organización de la Inquisición.

Más significativa podría ser la incompreensión y el miedo de la Iglesia a los movimientos de *laici religiosi* que no profesaban ninguna doctrina herética. En 1184 el papa excomulgó, junto a los cátaros, a los **valdenses** y a los **umiliati** italianos, grupos de laicos piadosos que se caracterizaron por formar comunidades de trabajo y oración, leyendo la Biblia en lengua romance. La Iglesia justificó la condena de valdenses y humillados porque estos grupos habían usurpado uno de los monopolios clericales, el de la predicación. Dicha usurpación era aún más escandalosa no sólo porque había sido llevada a cabo por hombres laicos, sino también por mujeres. Inocencio III intentó arreglar en parte la situación y recuperó en 1196 a parte de los

humillados, transformándolos en tres órdenes: dos de auténticos religiosos bajo una regla y la tercera formando lo que se ha denominado “un tipo de Orden Tercera anticipada”. Dicho pontífice también permitió el acceso libre a determinados pasajes de la Biblia.

Hacia el año 1200, ciertos medios laicos reivindicaban a la Iglesia el acceso directo a las Escrituras, sin el obstáculo del latín y la mediación del clero; el derecho al ministerio de la predicación; la práctica de la vida evangélica en su vida cotidiana, en la familia, en la profesión y en el estado laico; y finalmente la aspiración a la igualdad de sexos que profesaban algunos grupos de penitentes. Joaquín de Fiore veía incluso como única solución la venida de una nueva era, la del Espíritu, que traería una comunidad de “hombres espirituales”.

3. Francisco de Asís y la sociedad de su época

En este contexto que acabamos de describir surgen la figura de Francisco de Asís y el movimiento franciscano. Su éxito, según Jacques Le Goff, vino de la respuesta que Francisco dio «a las expectativas de una gran parte de sus contemporáneos, a la vez de lo que aceptaban y de lo que rechazaban.»

Francisco formaba parte de la **nueva sociedad urbana**: nació en la ciudad, era hijo de mercader y tenía el territorio urbano como su primer espacio de apostolado. Pertenecía al mundo de las comunas, con el que compartía los ideales de libertad y de asociación. Formó parte del grupo de los comerciantes que hicieron la revolución comunal, pero pronto descubrió el reverso de la nueva sociedad, el imperio del dinero, y se abrió al mundo de los pobres y marginados. En la ciudad él fue a aportar asimismo el sentido de la pobreza frente al dinero y a los ricos, y la paz frente a las luchas intestinas entre ciudades.

Al mismo tiempo, Francisco buscó la **alternancia entre actividad urbana y retiro eremítico**: ejerció el apostolado entre la gente, pero luego buscó la regeneración en y por la soledad. En una sociedad que estaba en fase de asentamiento, de instalación, también propuso la ruta, el peregrinaje.

Francisco también demostró que los **laicos** son dignos y capaces de llevar, como los clérigos y con los clérigos, una vida verdaderamente apostólica. Sin ser sacerdote, se dio a una vida de penitencia y optó por vivir entre “los que rezaban”, rompiendo así con la rigurosa separación entre los tres órdenes que componían la sociedad feudal. Francisco se mostró además siempre **fiel a la Iglesia**, aunque rechazó, en la medida de lo posible, la jerarquía y la prelatura entre sus hermanos.

En un ambiente antifeminista y de indiferencia hacia los niños, Francisco manifestó su **atención fraterna a la mujer y al niño** por medio de sus lazos con algunas mujeres próximas, en especial con santa Clara, y de su exaltación al Niño Jesús en el belén de Greccio.

Sin embargo, la mayor aportación de Francisco de Asís fue el descubrimiento del **Evangelio** como el camino de una auténtica **fraternidad humana**. Lejos de jerarquías, de clases, de divisiones, propuso un único modelo, Cristo, y un solo programa, “seguir a Cristo desnudo”.

«En un mundo que se vuelve de exclusión y de marginación hacia los judíos, los leprosos, los herejes... y donde la escolástica exalta la naturaleza abstracta e ignora el universo concreto, Francisco de Asís proclama sin connotaciones panteístas la presencia divina en todas las criaturas, y propone la imagen de Dios como alegría y felicidad, contemporánea de las

sonrisas góticas, frente a un mundo monástico bañado en lágrimas y una masa de despreocupados inmersos en ilusorio júbilo» (Jacques Le Goff).

Francisco fue capaz de recoger de manera espontánea todas las aspiraciones y esperanzas de las gentes de su tiempo, pero purificándolas y haciéndolas libres. «Lo que la comuna de los comerciantes no consiguió hacer, a causa del imperio del dinero, lo realizará él, siguiendo un camino de pobreza. Efectivamente, él creará la fraternidad. Una fraternidad abierta a todos», sin el menor lazo de dominio (Eloi Leclerc). Ahí se encontrará la clave del éxito rápido e inmenso de la fraternidad franciscana primitiva.

«De un modo genérico, uno podría preguntarse si, cuando murió, Francisco pensaba haber fundado la última comunidad monástica o la primera fraternidad moderna» (J. Le Goff).